

HERNAN CORTES DE MONROY EL PRIMER MEJICANO

FREDO ARIAS DE LA CANAL

Se discute la figura del fundador de la nación mejicana en un programa de televisión intitulado CONTRAPUNTO. El tema es polémico: **Hernán Cortés: Héroe o Villano.**

Hernán Cortés no es sólo héroe para la Hispanidad, sino a nivel historiográfico mundial, como lo fueron Mar-duk, Horus, Perseo, Hércules, Uichilopchtli, Alejandro, César, Carlo Magno, Napoleón, Bolívar y Lenin.

El mejicano aztequista intolerante para con el mestizaje odia hasta el idioma que mamó en la leche: el castellano, y cuando puede lo maltrata, lo tergiversa y lo abusa. Por ejemplo VILLANO, según la Academia es: Vecino del estado llano en una villa o aldea, a distinción de noble o hidalgo.

1.— Aunque Cortés fue el fundador de la Villa Rica de la Verdadera Cruz en 1519, no por eso se le puede llamar villano.

2.— Cortés por su padre fue vástago de la nobilísima casa de Monroy, por lo que tampoco pudo haber sido villano. Su tatarabuelo, Pedro Fernández de Monroy o de Fuenteencarlada fue primer maestro y fundador de la Orden de Santiago y conquistador de Cáceres (1169). Su madre fue Catalina Pizarro Altamirano, tía del conquista-

dor del Perú, y descendiente del conde Gómez Núñez de Guzmán.

Ahora bien, la Academia también le da un significado peyorativo a la palabra *villano*: Rústico o descortés, ruin, indigno. Cervantes en el capítulo VIII de *El Quijote* describe a Sancho Panza:

“En este tiempo solicitó don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre *villano* se determinó de salirse con él y servirle de escudero”.

Es pues *villano* una palabra despectiva con la cual el burgués rebaja a su hermano el campesino, el provinciano, el pobre de las colonias suburbanas, de la misma forma que al judío lo llama *marrano*.

El radicalismo con que se trata a los héroes mejicanos es denigrante para el pueblo y sólo alimenta el odio engendrado en los libros de instrucción primaria. Al niño mejicano se le ha enseñado a odiar a todos y a sí mismo. Y digo “héroes mejicanos” porque Hernán Cortés fue el primer mejicano, como fue Colón el primer americano. Leamos las opiniones de dos grandes pensadores:

José Ortega y Gasset (1883–1955), en su discurso pronunciado el 16 de noviembre de 1939 en Buenos Aires y que está compilado en su libro *Meditación del Pueblo Joven*, fiel a su apotegma “Yo soy yo y mi circunstancia”, plasmó una idea que está resultando profética:

“El tiempo que me había sido otorgado, no sólo ha concluido sino que está rebasado, de suerte que me encuentro no pudiendo decir nada sobre esa gran curva de las *relaciones entre España y América* desde que estos pueblos fueron creados hasta la fecha. Y es el caso que eso que pudiera decir daría un peculiar sentido a cuanto he hablado de nuestro común pasado, sentido muy diferente del que acaso en el primer pronto han percibido ustedes. Pues, aunque parezca poco verosímil, creo que sobre tan gigantesca trayectoria se puede decir algo de interés en poco tiempo, pero no en tan poco que sea ninguno. Mas, como se trata de una idea que juzgo de alguna importancia y que puede servir —sea una u otra la dosis de su verdad— en las investigaciones históricas, yo quisiera, como homenaje al Presidente de la Nación, exponerla aquí en la expresión más desgarradamente lacónica y más mondada de toda brillantez. Es un sacrificio que me impongo en compensación a las petulancias personales que se han deslizado en mi discurso.

“Se trata de una Idea que invertiría por completo la perspectiva usada en la consideración de la historia de las relaciones entre España y América. Es un error —a mi juicio— pensar, como siempre por inercia mental se ha pensado, que estos pueblos nuevos creados en América por España, fueron sin más España, es decir, homogéneos a la Metrópoli y homogéneos entre sí, hasta un buen día en que se libertaron políticamente de la madre Patria e iniciaron destinos divergentes entre sí.

“Pues bien; mi idea —fundada en el estudio del hecho colonial en toda su amplitud: por tanto, no sólo en la colonización española sino en la de los otros

pueblos de Oriente y Occidente, ahora y en otros tiempos— es totalmente inversa. Bajo tal nueva perspectiva lo que yo veo es que la heterogeneidad en el modo de ser hombre se inicia inmediatamente; crece y subsiste en la etapa colonial. El hombre americano desde luego, deja de ser sin más el hombre español, y es desde los primeros años un modo nuevo del español. *Los conquistadores mismos son ya los primeros americanos.* La liberación no es sino la manifestación más externa y última de esa inicial disociación y separatismo; tanto que precisamente en la hora posterior a su liberación, comienza ya el proceso a cambiar de dirección. Desde entonces —y cualesquiera sean superficiales apariencias y verbalismos convencionales— la verdad es que una vez constituidos en naciones independientes y marchando según su propia inspiración, todos los nuevos pueblos de origen colonial y la metrópoli misma, caminan, sin proponérselo ni quererlo y aun contra su aparente designio, en dirección convergente, esto es, entre sí y al mismo nivel, se irán pareciendo, cada vez más, irán siendo cada vez más homogéneos. Bien entendido, no que vayan asemejándose a España, sino que todos, incluso España, avanzan hacia formas comunes de vida. No se trata, pues, de nada que se parezca a eventual aproximación política, sino a cosa de harto más importancia: la coincidencia progresiva en un determinado estilo de humanidad”.

Cuando en 1969 el Frente de Afirmación Hispanista, A. C. otorgó el Premio Vasconcelos a Salvador de Madariaga, fuimos a entregárselo personalmente a su casa de Ox-

ford. Allí le pedimos consejo en cuanto al derrotero a seguir, y nos dijo lo siguiente:

“Yo creo que habría, así pensando en alta voz, no tengo el tema meditado ni reflexionado, pero pensando en alta voz, yo diría que ustedes tienen una doble tarea, que en México son las dos muy importantes. La primera quizá sea la más sencilla porque es la más evidente, sería reforzar un poco, y no es nada fácil, pero reforzar un poco la conservación de los monumentos hispánicos, porque allí, según parece, por falta de dinero, se dedica casi todo al salvamento de los monumentos precortesianos y hay monumentos postcortesianos, de una extraordinaria belleza, que se están cayendo en ruinas. Entonces si pudiéramos organizar allí una fundación que tuviese ese aspecto físico, aparte de otros que pudiera tener, es decir, que hiciera un inventario de los monumentos españoles; de éstos escoger los que verdaderamente es indispensable salvar... y salvarlos.

“Eso sería una labor concreta, positiva y que permitiría interesar a los arquitectos, a las instituciones de bellas artes, quizá obtener la subvención de España, eso sería un aspecto. Y el otro aspecto de la actividad de ustedes, sería el sostener aquello que es común en la cultura a España y a México. Por ejemplo, la literatura mejicana, hasta Cortés que es el primer literato mejicano en la Historia. La literatura mejicana o hispanoamericana, anterior a Cortés, la constituyen los clásicos españoles precortesianos. Es evidente que Cervantes es ya español, y no mejicano, pero el Arcipreste de Hita es tan mejicano como español, está en el tronco y ese tronco al llegar a cierta altura se separa

en México y España y Argentina, etc. Pero todo lo que ha estado más cerca de la raíz que de la bifurcación, pertenece a todos, de modo que el Arcipreste de Hita es un autor mejicano, tal vez tan mejicano como español, porque está en el tronco. Y entonces la labor de ustedes sería sostener lo que hay de común en la cultura hispánica y en la cultura española”.

Si el “modo nuevo del español” que es el hispanoamericano, se distanció de la rama española a principios del siglo XIX fue por razones obviamente de honra: no era posible soportar la conducta tiránica de una monarquía que quiso reprimir los aires liberales que también soplaban en América.

Debemos consignar con inconcusa honestidad intelectual que así como ocurrió la ruptura entre España e Hispanoamérica, jamás la hubo entre ésta y el Vaticano. De hecho el Papa habiendo utilizado a España siguió gobernando moralmente a estos pueblos y la doctrina católica terminó de enseñar a su grey a identificarse con los vencidos (como si no descendiéramos de los conquistadores también) y luego a sentir lástima de sí: acto netamente cristiano-masquista que nos mantiene en un estado moral de esclavitud. Nuestro masoquismo puede medirse por el grado de sadismo de nuestras castas gobernantes.

En resumen, somos pueblos masoquistas que provocamos nuestra esclavitud porque moralmente nos sentimos esclavos. La prueba está en que siendo hispanos que hablamos castellano nos han condicionado a considerarnos

como indígenas de América, ante el beneplácito de los anglosajones que profesan una voluntad de poder parecida a la de Castilla en el siglo XIII.¹

1 Publicado en *Excélsior*, 5 noviembre 1983.